

EL DÍA DEL MUNDO

21 de julio de 2008

El telescopio

Los frutos del añorado Montesión

“Un Ladaria no se improvisa...”

Román Piña Homs

Sucedió el pasado miércoles día 9 de julio. Era la última hora de la tarde y mi querido **Eugenio Rodríguez**, vicario de Esporles y hombre fuerte de los medios de comunicación de la diócesis, me daba la noticia de que acababan de nombrar al jesuita mallorquín **Luis Francisco Ladaria**, nada menos que secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, o sea cardenal *in pectore* y arzobispo. Pensé de inmediato en la alegría de cuantos mallorquines conozco y son amigos suyos.

Se encumbraba a número dos de la curia vaticana a un mallorquín muy admirado por cuantos han tenido la suerte de tratarlo. Recordé a su maestro en Montesión -**Miguel Ferrer**- siempre atento a su trayectoria, y a no pocos compañeros de su promoción de bachilleres, como mi hermano **Alfonso**, que no pocas veces me había destacado su saber estar, modelo de amistad, siempre cercano, y al mismo tiempo ejemplo de brillantez académica.

Y como la cabra siempre tira al monte, se me ocurrió de inmediato, obedeciendo a mis manías de historiador, pensar en los mallorquines clave para la Iglesia Universal a lo largo de los siglos. **Gabriel Mateu** escribió hace unos veinticinco años “*Cardenales de Mallorca*”, un trabajo muy digno, que hace un interesante recuento de nuestros cardenales: el dominico **Nicolás Rosell**, cuyo lugar de nacimiento se lo disputan Felanitx y Palma; el trinitario **Antonio Cerdá**, nacido en Santa Margarita; **Jaime Pou**, hijo de un comerciante de Niza establecido en Mallorca a finales del XV, y que dada la circunstancia de que él mismo se apellidaba a veces “*Nicensis*”, algunos han dudado de su nacimiento en la isla, salvo **Miguel Batllori**, que lo tenía bien claro. Este prestigioso personaje asistió a varios cónclaves y a punto estuvo de ser elegido Papa. Llegó a Roma allá por el año 1530, y como personalidad “*de vasta erudición, gran piedad y pureza de costumbres*”, pronto pasaría a capellán de **Paulo III** y posteriormente a arzobispo de Bari y a hombre clave del concilio de Trento.

El último de nuestros cardenales sería **Antonio Despuig**, figura señera de la Mallorca de la Ilustración. No olvidemos su abierto posicionamiento en temas tan polémicos como las primeras medidas desamortizadoras de los bienes de la iglesia, así como su apuesta por el reconocimiento de los derechos civiles de la minoría conversa mallorquina, sin olvidar sus duros juicios sobre nuestra arcaica universidad. Muy vinculado a **Pío VI**, sería obispo de Orihuela, de Valencia y de Sevilla, llegando a cardenal tras el cónclave que eligió a **Pío VII**.

Aparte de cardenales, la Iglesia mallorquina ha dado algunos hombres más de relieve a la Iglesia universal. Pensemos en **Miguel Tomás de Taixaquet**, estudiante en Lovaina y Bolonia, gran humanista y asistente a la última etapa del Concilio de Trento. Pensemos igualmente en la figura de **Ramón Llull**, maestro del pensamiento cristiano medieval y novedoso impulsor del evangelio desde el diálogo interconfesional. Pero sobre todo, al centrar nuestra reflexión en el reciente nombramiento de Ladaria, es de obligada referencia el también jesuita **Jerónimo Nadal**, no solo porque como mallorquín sería una de las grandes figuras de Iglesia, compañero y discípulo de **Ignacio de Loyola** en la etapa fundacional de la Compañía de Jesús, sino sobre todo porque fue el artífice de la fundación en la isla del Colegio de Montesión en 1561, uno de los más antiguos de la compañía. Los jesuitas, expulsados en diversas ocasiones a partir de **Carlos III**, nunca dejaron de influir en nuestra sociedad, e incluso en el XIX, pese a que no se les devolviese el Colegio, mantuvieron sus congregaciones marianas para seguir influyendo espiritualmente en la convulsa Mallorca de aquellos tiempos.

Imagino al jesuita Luis Ladaria llegando próximamente de nuevo a la isla. Lo más posible es que su primera visita sea al viejo caserón de Montesión y a su Iglesia. Allí tendrá tiempo de percibir las huellas de dos grandes santos -**Pedro Claver**, el gran apóstol de los esclavos negros en Indias, y **Alonso Rodríguez**, el sencillo hermano portero, de quien muchos hemos aprendido desde niños aquel “*ya voy Señor*” con el que responder a las constantes llamadas de nuestra conciencia; estas llamadas que nos invitan a superar el lado oscuro o simplemente ramplón de nuestras vidas. Y es que decir “Montesión”, sobre todo para un ex alumno del colegio, y acercarse a sus vetustos muros, recorrer algunas de sus antiguas dependencias y rezar una salve, como de niños, ante la imagen que señorea el gran retablo de su Iglesia, no solo nos restituye a lo mejor de una época, sino que además nos acerca a aquellos personajes entrañables que marcaron decisivamente nuestras vidas. Son tantos. Aquel **José Cañigueral**, un hombre bueno, de inteligencia preclara, que nos introduciría en el conocimiento de las ciencias naturales, con divertidas excursiones por la isla, haciéndonos descubrir la impronta divina en cada obra de la naturaleza. Aquel **Pedro Blanco**, la pasión por la historia, o **José Solé**, farmacéutico, de vocación tardía, cuyas clases de filosofía han perdurado entre los que fuimos su alumnos, con ansias de verdad desde el claroscuro de la fe. Y no olvidemos a **Vicente Segarra**, de la más fina e inteligente ironía, que ya jubilado como gran maestro de estudios bíblicos, nos daba clases de Liturgia y de Historia de la Iglesia. Cada uno podía honrar una cátedra universitaria, sin embargo allá, en el colegio, andaban bregando con nuestras torpezas de adolescentes. ¡Menudos privilegiados! No lo sabíamos entonces, pero hoy es de elemental justicia reconocerlo.

También de justicia reconocer que un Ladaria no se improvisa. El bien, como el mal, tiene su proceso de maduración. Por esto, en estas horas de zozobra universal, de crisis ética y de pensamiento, más que de crisis económica, una de sus lamentables secuelas, entendemos las palabras de **Benedicto XVI** en Sydney, diciéndonos que “*cuando Dios es eclipsado, se desvanece nuestra capacidad de reconocer el orden natural y el bien*”. Ahí tenemos la madre de todas las crisis.

Mientras tanto, **en aquel venerable colegio de Montesión de hace cincuenta años, unos hombres que lo habían entregado todo**, muy anclados en Dios, **supieron hacernos descubrir lo esencial y a no echarlo jamás por la borda.**